

Las tiranías del placer y del dolor. Dos visiones literarias del poder totalitario

Luis Felipe JIMÉNEZ JIMÉNEZ

Humanidades y Artes
Universidad Autónoma de Zacatecas (México)
lufenez@gmail.com

Recibido: 27/11/2007

Aceptado: 29/01/2008

Resumen

1984 y *Un Mundo Feliz*, constituyen dos obras literarias que lejos de limitarse a ser apologías del viejo liberalismo en crisis a principios del siglo XX, conforman un tipo de “advertencia social”, dirigida a señalar el peligro que se cernía sobre la sociedad occidental bajo la amenaza de dos tipos de totalitarismo que efectivamente fueron los protagonistas del mundo político y social del siglo pasado, esto es: aquel, expresamente autoritario, basado en el terror, la guerra exterior y el miedo inscrito en la interioridad de cada individuo; y el otro, oculto bajo la máscara del progreso tecnológico, la higiene y la planificación extrema de la vida. Formas de implementación de mecanismos de control que parecen defender modos opuestos de vida, pero que hoy han evolucionado como una sola estrategia dirigida a dominar las conciencias individuales y a doblegar las voluntades de los hombres del presente al punto de amenazar la propia supervivencia de la especie.

Palabras clave: literatura, poder, totalitarismo, ética

Abstract

1984 and *Brave New World*, are two literary works that far from being confined to the old liberalism Apologies in crisis at the beginning of the twentieth century, form a kind of “social warning” directed to point out the danger facing the western society under threat from two types of totalitarianism that actually were the protagonists of the political and social world of the last century, namely: that expressly authoritarian, based on terror, the war abroad and Fear inscribed on the interiority

of the individual and the other, hidden under the guise of technological progress, hygiene and planning of extreme life. Ways to implement control mechanisms that appear to defend opposing ways of life, but now have evolved as a single strategy to dominate individual consciences and bend the wills of men of this to the point of threatening the very survival of the species.

Keywords: literature, power, totalitarianism, ethics

Siempre el pueblo ha sido así: al placer que no puede honestamente recibir está totalmente abierto y disoluto, e insensible al agravio y al dolor que no debe honestamente soportar (Etienne de la Boétie, Discurso de la servidumbre voluntaria)

“*Mil novecientos ochenta y cuatro*”, fue publicado en 1949 en medio de la primera ola de histeria producida por la Guerra Fría. Por el contrario, *Un Mundo Feliz (Brave New World)*, se escribe en la cima del instante de optimismo que el mundo respiró entre las dos guerras mundiales, en 1931. En tanto esta última expresa la sumisión de la sociedad moderna a un orden marcado por la orientación de un poder sutil y hedonista, la obra de Orwell se toma desde un principio como un arma más dentro del arsenal de la nueva guerra que libraba el bloque occidental contra el oriental.

No obstante, ni Huxley ni Orwell fueron los propagandistas de un sistema. Sí, en cambio, mostraron a través de sus obras y de su vida que lo que realmente les interesaba era advertir a la sociedad del peligro que se cernía sobre la civilización occidental, bajo la máscara del progreso tecnológico, la higiene y la planificación extrema, en un caso; y en el otro, bajo el autoritarismo rampante, basado en el terror, la guerra exterior y el miedo inserto en el interior de la conciencia del individuo.

Como muchas veces lo expresó, Orwell no pretendía atacar al socialismo o al partido laborista británico, al cual pertenecía, sino mostrar mediante una vívida imagen el peligro que significaría para los ingleses el triunfo de una organización económica centralizada como la que se practicaba en Rusia, la cual en esencia era la misma que había sido promovida por los nazis y los fascistas en Alemania e Italia¹.

Orwell creía que la “advertencia” hecha a través de una obra literaria, cumpliría con la función de calar hondo en la sensibilidad de sus contemporáneos, lo cual los llevaría a tomar posiciones en contra del totalitarismo. Así, empleando y mez-

¹ Carta de Orwell a la Duquesa de Atholl, 15 de marzo de 1945, en Sonia Orwell y Ian Angus (ed.) *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, Londres, Penguin Books, 1970, vol. 4, p. 491.

clando la sátira con la ironía, se trata de reconocer que las “cosas están mal”, pero el trabajo de la sociedad es “no permitir que empeoren”. Hay que evitar a toda costa que llegue a suceder el pronóstico que representa *1984*. Orwell confiaba en la voluntad social, creía que ella podría hacer que ese destino que está marcando su novela no llegara a ser nunca real e irreversible, sino que se pudiera luchar para impedir que el mundo occidental viera triunfar el totalitarismo².

Paralelamente, aunque casi dos décadas antes, Huxley advertía de otra forma de totalitarismo: el de las utopías realizables. Efectivamente, las utopías con que terminó el siglo XIX y se dio comienzo al XX, especialmente las de escritores como H.G. Wells, conformaban el ideal que aspiraba a la consecución de una sociedad perfecta, pero sobre todo menos libre. La asociación de las ciencias y la razón, el doble componente de toda concepción progresista y utópica, sólo conciben un modo de existencia, esto es: el ascenso³. La intención desmedida de los científicos y tecnólogos modernos por llevar el cielo a la tierra, ha generado todo lo contrario: la creación de un infierno invivible. Y, la advertencia de Huxley, a diferencia de Orwell, no se cumple en el futuro, sino que declara lo que “ya es”, describe “lo que está sucediendo”.

Si bien la Rusia de Stalin, como la China de Mao o la India de Gandhi, que comenzaban su andadura, al tiempo que ya habían fracasado los proyectos de nazis y fascistas, –aunque aún sobrevivía el franquismo en España y la dictadura de Oliveira Salazar en Portugal –, la era que prefiguraba *1984*, no se reducía a un conjunto de naciones o a un continente, sino que el escenario construido por las dos guerras mundiales, exigían un poder omnímodo, global, total. Por ello, Orwell, en 1949, cree estar hablando del futuro.

Por su parte Huxley, pone en su personaje Ford el centro de una nueva problemática, la cual se estaba gestando desde poco antes de la Primera Guerra Mundial y que sería fundamental para el triunfo del mundo occidental en su cruzada contra el nazismo y el fascismo, esto es, la presencia de los conglomerados industriales sustentados en la ciencia moderna y la tecnología. La clara alusión a Ford, a Henry Ford, dentro de la novela, muestra a la tecnología como una ideología, cuyo pragmatismo encapsula las peores tendencias de la sociedad industrial y científica, las cuales han sido completamente encarnadas en el modo de vida que representa los Estados Unidos.

Ahora bien, el punto de convergencia de Orwell y Huxley resulta de una coincidencia, ambos están preocupados por la extinción o el debilitamiento de la *psyché* humana. Mejor aún, el debilitamiento o sometimiento de la mente humana es el núcleo fundamental a partir del cual se sostiene el totalitarismo. Para el autor de *1984*, un mundo dominado por el poder del *líder*, puede poner la verdad al servicio

² *Ibidem*.

³ Véase, Wells, H.G. *A Modern Utopia*, Lincoln-London, University of Nebraska Press, 1967.

de sus intereses, y con ello se genera desde arriba un ambiente en que el individuo puede perder toda capacidad para distinguir entre lo falso y lo verdadero. Huxley, en *Un Mundo Feliz*, ve en la administración técnico-científica, en la “producción masiva”, barata y eficiente, junto con la estandarización de toda la producción cultural equiparada a la de los automóviles y a la de alimentos, una forma de ascetismo no religioso, que consigue hacerse más eficiente gracias a la pérdida de la conciencia de los individuos que pasan la totalidad de su tiempo al servicio de la producción o en el consumo de sus productos. El resultado del entrecruzamiento de ambas miradas consiste en advertir que la amenaza que se cierne sobre el hombre occidental consiste en la apropiación de la verdad o en su completa devaluación, con lo que el totalitarismo asegura en dos fases o en dos formas de dominación el control total sobre la humanidad.

Pero, mejor clarifiquemos, ¿qué es el totalitarismo? ¿Son estas dos formas de representar al poder, la orwelliana y la huxleyana, dos tipos de totalitarismo distintos y opuestos o admiten ciertas combinaciones, variaciones o superposiciones entre sí? ¿Tienen el mismo sentido sus símbolos, sus prácticas propagandísticas, su aprovechamiento de la ciencia y la tecnología o marcan diferentes derroteros que al mismo tiempo indican que estamos ante alternativas –más o menos represivas, más o menos sutiles– dirigidas a la conservación del poder y a la dominación de las masas?

1. ¿Qué es el totalitarismo?

El gran historiador de la Antigüedad clásica, Jean-Pierre Vernant, define así lo que es para él el totalitarismo:

...es aquel que hace que un hombre sentado en el baño, en la soledad que le procura la puerta cerrada y el cerrojo corrido, se sienta preso de angustia, de terror y de un intenso sentimiento de culpa si le viene súbitamente al espíritu una idea subversiva o insólita. En un sistema totalitario, en efecto, uno se adhiere a su miedo, se vuelve chato, sin ningún otro domicilio al cual aferrarse y al cual rehusar.⁴

Sin duda Vernant nos habla desde la perspectivas del totalitarismo soviético, del mismo que describe alegórica y descarnadamente George Orwell y que podríamos comprender como el “totalitarismo clásico”, aquel que se basa en el terror, la crueldad y la amenaza permanente de causar dolor a sus gobernados.⁵

⁴ J-P. Vernant. París-Moscú. Reflexiones sobre el stalinismo francés, en *Entre Mito y Política*, F.C.E., México, 2002, p. 256.

⁵La obra de Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, (México, Taurus, 2004), constituye quizá el estudio más profundo que se ha hecho sobre este tipo de totalitarismo al que denominamos “clási-

Mas, en el caso del totalitarismo que describe Huxley en *Un Mundo Feliz*, la definición es inversamente proporcional a la que sugiere Vernant, pero con efectos quizá más desastrosos: hedonismo e ignorancia. En este caso el personaje que va al baño no se siente culpable de tener pensamientos subversivos, sino de no tener ningún tipo de pensamiento, ni mucho menos que se le puede ocurrir que exista otra forma de mundo diferente a la del placer y otra forma de vida distinta a aquella en la cual vive⁶. El gobernado bajo esta forma de totalitarismo, al que podríamos llamar “moderno”, es un hombre satisfecho con sus sistema político, que teme únicamente y en casos extremos a que se presente alguna vez una situación de escasez o de pobreza. Es, digámoslo de una vez, el producto más refinado del llamado “Estado de bienestar”.

En sentido general, puede decirse que el totalitarismo clásico, se caracteriza por los siguientes elementos: negación del tiempo, deteniendo el desarrollo de la tecnología; se trabaja intensamente en ocultar el pasado y producir un olvido colectivo de la historia, o de generar una serie de recuerdos confusos del pasado; represión colectiva (política, cultural, sexual); se pone a las ciencias al servicio de la superstición y la represión⁷. El individuo obedece de acuerdo a la impresión que el terror ha causado en su interior. Es la tiranía que consigue su objetivo, el dominio de los hombres, por medio del sufrimiento y el temor⁸.

Por su parte, en el totalitarismo moderno, su base de funcionamiento radica en la persuasión. Así, sus armas fundamentales son la propaganda masificada, el consumo extremo, el avance desmedido de la tecnología que se pone en relación directa con el incremento del tiempo de ocio, los espectáculos, las drogas y la libertad sexual. En este caso, el individuo vive en una feliz sujeción a las reglas diseñadas por los expertos, pide ser gobernado a cambio de ser beneficiado con todos los placeres que le proporciona el sistema, quien a su vez se asegura de mantenerlo alejado de cualquier perturbación. Es la dictadura que consigue la obediencia de los hombres a los que domina mediante el placer y la alegría inconsciente⁹.

De este modo, se observa que el punto común de las dos formas de totalitarismo, radica en la manera de asumir la Verdad. Esto es, si un sistema de gobierno se apropia de la Verdad, y radica en ese monopolio su autoridad, lo hará de un modo distinto y le dará un tono diferente a sus instituciones ideológicas y represivas de lo que hará un sistema donde se devalúa y desprestigia la idea de que haya Verdad. Quizás este elemento que constituye lo que es la base de la legitimación de los totalitarismos, también marca las diferencias entre uno y otro.

co”, sin deducir su transformación más allá de Hitler y Stalin, es decir, no observa la presencia del “totalitarismo sutil” o “moderno”, del que ya daba cuenta la obra literaria de Huxley como la crítica filosófica de Marcuse en el seno de los Estados Unidos.

⁶ Huxley, A. *Un mundo feliz*, México, Éxodo, 2004, p.91

⁷ Lacoue-Labarthe, Ph. y Nancy, J-L. *El Mito Nazi*, Barcelona, Anthropos, 2002, p.38 y ss.

⁸ Arendt, H. *op.cit.*(nota 4), p. 428

⁹ Huxley, A. *Nueva visita a un mundo feliz*, Buenos Aires, Sudamericana, 1960, p.67 y ss.

2. Apropiación de la Verdad

El totalitarismo clásico, según lo describe Orwell, funda su soberanía en la negación de la verdad objetiva, en la apropiación de la verdad por parte del poder. Para que esto sea posible, se requiere de un orden económico centralizado, el cual tiende a organizar la sociedad en castas. Así, la verdad debe ser administrada como un monopolio que pertenece exclusivamente a la casta dominante y dentro de ella al *líder*. El modelo más arcaico de tal estructura lo encontramos, sin duda, en la *República* de Platón. Cierta lectura tendenciosa de las ideas platónicas puede devenir perfectamente en la transformación del rey-filósofo en eso que Verne advertía (y que Wells promovía), como era el gobierno y la dirección del destino de la sociedad bajo el dominio del rey-científico¹⁰.

Ahora bien, tal gobierno no asegura una defensa de la verdad objetiva, sino que, al no ser ya las ciencias naturales el centro de los saberes en que se apoyaba el poder a mediados del siglo XX, pues al término de las dos guerras mundiales cesó su necesidad militar, se comprende que fueran las ciencias sociales y las verdades de hecho, las que relevaron la exigencia de la exactitud en la interpretación del mundo. Todo esto conllevó inevitablemente a que estas ciencias, nunca exactas, bajo los intereses del poder, cumplieran (y quizá sigan cumpliendo) una función puramente ideológica.

He ahí el problema, la historia, por ejemplo, puede dejar de existir o puede ser manipulada, hasta el punto que un gobernante todopoderoso como lo fuera Hitler, en el pasado, o Bush, en nuestro tiempo, llegan a proclamar de acuerdo a su conveniencia que la Segunda Guerra Mundial la iniciaron los judíos, o que la Guerra de Irak se hizo con fines humanitarios. Y, en el primer caso, gracias a que el dictador alemán fracasó, la historia refutó su intentona de tergiversar los hechos; pero, en el segundo caso, si el gobernante norteamericano consigue triunfar, es posible que las generaciones futuras aprendan en sus textos escolares de historia que la Guerra de Irak fue una causa justa.

Es en este caso, donde Orwell llama poderosamente la atención de lo que podría significar para la democracia occidental, el ocultamiento de la verdad objetiva y el valor político de las ciencias exactas. Como dijera los racionalistas del siglo XVII, “ni Dios puede negar que $2+2=4$ ”. En tanto eso ocurra, el dictador, en tanto requiera armas, construcciones y demás exigencias de infraestructura para el mantenimiento y el funcionamiento del ejercicio de su poder, no podrá ocultar tal evidencia.

No obstante, si la suerte del mundo es la que predice Orwell, un orden social de

¹⁰ Jiménez, L. F., Verne y Wells: «La ciencia, la guerra y la tecnología», en Contreras, J y Ponce de León, A., *El saber filosófico*, México, Siglo XXI-Asociación Filosófica de México, 2007, vol 2, p 258 y ss.

castas, una economía centralizada, un conjunto de dos o tres superestados que son incapaces de conquistarse entre sí, dos y dos puede llegar a ser cinco si el *líder* así lo desea. Y lo lograría fácilmente, pues no se requiere para ello más que una élite que monopolice esa verdad y la oculte al resto de la colectividad. En esa forma la “verdad de las ciencias exactas”, tan rígida y estricta como una dictadura, ya que se impone a todos de manera universal y absoluta, es susceptible de ser tergiversada como la “verdad fáctica”. Un mundo sin verdad, es así la base de un totalitarismo extremo, pues el poder se hace productor y portador de la verdad sin más.¹¹

La imagen que estamos derivando de la descripción de Orwell es aterradora, aunque ingenua. Orwell no puede negar la necesidad que tendrá esa élite de mantener a su servicio a un cuerpo de trabajadores, quienes de alguna manera tienen la capacidad de acceder a la verdad objetiva, por lo menos a los cálculos y a las precisiones requeridas para la construcción, el diseño de armas, etcétera. El personaje central de *1984*, Winston, en medio de la angustia que le produce constatar que la mente sea controlada y que por tanto el pasado y lo que llamamos realidad se transforme en una ilusión controlable, guarda la esperanza de que aún se pueda defender lo evidente: *El mundo sólido existe y sus leyes no cambian. Las piedras son duras, el agua moja, los objetos faltos de apoyo caen en dirección al centro de la tierra...*¹² Sólo conservando esas verdades simples y un sector de la sociedad que requiera siempre de la “verdad matemática” o por lo menos de la “verdad fáctica”, podrá gestarse un sector social de resistencia. De ahí la esperanza de Winston en los *proles*: *Si hay esperanza (sic) está en los proles*¹³. Una cierta participación dentro del proceso productivo, le posibilitará a esa clase una cierta forma de conocimiento y, quizás, en un momento dado, cierta conciencia de su situación. Persiste, pues, el sentimiento optimista de que se requiere mucho más que un conjunto de prohibiciones, de tabúes y rituales propios de una sociedad de castas, para conseguir una total alineación de la inmensa colectividad.

El totalitarismo que describe Orwell, cree asegurarse el alejamiento de la masa social de la necesidad de la verdad, simplemente anulando el desarrollo de una tecnología sofisticada. Sus artefactos son más bien toscos y apenas admiten innovaciones. La “telepantalla” no es sino una prolongación de la televisión que ya existía en la Inglaterra de los tiempos de Orwell. Los mensajes son más dictáfonos que teletipos; las “plumas de tinta” son los nuevos Birus y los “tubos neumáticos” con los que Winston cumple su actividad en el Ministerio han sido usados en las grandes tiendas de departamentos londinenses. Igual se puede decir de los helicópteros, las bombas “rocket”, todos se corresponden con material tecnológico usado por el ejército norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial o del que Londres fue víctima durante los bombardeos alemanes.

¹¹ Orwell, G. *1984*, Barcelona, Barcelona, 2003, p. 86

¹² *Ibidem*, p. 87

¹³ *Ibid.*, p.88

Semejante negación de la innovación tecnológica, no ha sido un descuido literario, sino un elemento esencial del totalitarismo clásico, la detención deliberada del progreso a fin de poder mantener el control sobre la verdad objetiva. Dicho de otro modo, no es que el tiempo se detenga, sino que deteniendo la innovación tecnológica se hace que los procesos productivos se limiten a una pura repetición racionalizada, con el único fin de mantener el control sobre la técnica, poniéndola al servicio exclusivo de la administración del poder. Con ello, la tecnología sigue siendo un medio dirigido al cumplimiento de fines precisos, como sería la industria militar monopolizada por el Estado, lo cual le garantizaría al poder el control de la represión interna y la imposibilidad de que la guerra externa se desequilibre. En este último caso, lo importante es mantener la guerra, no acabarla, pues en tanto es un medio para mantener vivo el temor de los ciudadanos y la necesidad de ser protegidos por el dictador, todo el artificio militar es una técnica de conservación del poder y de control social.

Pero la constante de la guerra, su permanencia en la percepción del ciudadano medio, lleva a la indiferencia. ¡Qué más da que la guerra sea entre los aliados contra el eje, entre Eurasia o Asia Oriental, como en otro tiempo fue Vietnam o en el presente contra Irak, Afganistán o Líbano! Podríamos decir con Julia: *Siempre ha sido una puñetera guerra tras otra y de sobras sabemos que todas las noticias de guerra son todas una pura mentira.*¹⁴

Y en este sentido es que a esta estrategia por mantener el monopolio de la verdad, se hace indispensable negar la existencia del pasado y la pérdida de la memoria. La idea central del gobierno totalitario, es vivir siempre en presente, como si nunca hubiese existido otro orden de vida ni otras formas de pensamiento. Asegurar la pérdida de la memoria y anular el recurso de acudir al pasado, significa para el poder totalitario garantizar la naturalización de su estilo de dominación. No hay otra forma de gobierno, ni otro estilo de vida, ni nunca lo ha habido, ni mucho menos cabe pensar que llegue a haber otra forma de orden social.

Para que esa pérdida de la memoria permanezca y los hombres no acudan a sus recuerdos, se requiere poner a las ciencias, en especial a la Historia, desde un principio al servicio de la verdad del poder. La experiencia vivida por Europa con Hitler y al mismo tiempo con Stalin, fue exactamente ésta: poner a la ciencia al servicio de la superstición¹⁵. La ciencia en manos de los nazis y de los bolcheviques, justificó el racismo, el esclavismo, los campos de concentración, el genocidio. La ciencia al servicio del totalitarismo clásico, fue la negación de todas las ilusiones civilizadoras que la Ilustración se había propuesto: progreso, orden, educación liberal. En realidad, la primera mitad del siglo XX, vio en Europa triunfar todo lo contrario: nacionalismo, exilio, persecución, odio racial, fe religiosa, adoración al líder. Y

¹⁴ *Ibid.*, p. 156.

¹⁵ Bensoussan, G. Historia de la Shoah, Barcelona, Anthropos, 2005, p.11 y ss.

del mismo modo, como lo vivieron las dictaduras latinoamericanas, especialmente en la segunda mitad del siglo XX en el Cono Sur, todo ello se hizo a nombre de esos ideales ilustrados. El totalitarismo clásico, no es y no ha sido otra cosa que el triunfo de la más extrema barbarie a nombre de la civilización.

Ahora bien, el éxito de esta tiranía no puede hacerse sin un elemento ideológico cautivador que va más allá de los ofrecimientos que hace una sociedad hedonista como la descrita por Huxley, es decir, el totalitarismo clásico acude a los sentimientos e ideales más caros a una cultura, su finalidad es despertar el sentimiento de heroísmo de un pueblo. Su discurso mira con desprecio el confort, la seguridad, la disminución de la jornada de trabajo, la higiene, el control de natalidad y el sentido común. Como ciertos populismos que han triunfado y parecen retornar en Latinoamérica – tal como ocurriera en la Alemania posterior al tratado de Versalles –, se aprovecha fácilmente a una masa social desprotegida y paupérrima, donde la inflación económica y la pobreza social, simplemente permite acudir a la imagen heroica de los fundadores, sus ideales no cumplidos, el sueño libertario jamás satisfecho. Tambores, banderas, uniformes y desfiles de manifestantes mostrando su lealtad al Partido o al líder, marcan los símbolos que indican hasta dónde está la colectividad dispuesta a renunciar a los bienes y comodidades materiales (que en la realidad están lejos de su alcance), sufriendo por el cumplimiento o la realización del ideario espiritual que le diseña el doctrinante. Así, el terreno propicio para el triunfo de un totalitarismo clásico es la miseria, en el cual se cultiva el resentimiento social y la sensación de que ya no se tiene nada que perder, pues no se tiene nada. El dictador, el *líder*, encarna de esta forma la figura de un Mesías o de un Salvador.

Y el sostenimiento de la pasión por el líder, depende de todo un engranaje de rutinas, emblemas, desfiles, manifestaciones, conferencias, programas cinematográficos, erigir efigies, inventar consignas, pero sobre todo la concentración de toda esa energía en la “Semana del Odio”¹⁶. Es innegable que el totalitarismo clásico es sostenido por un conjunto de hombres con una fuerte tendencia a practicar la crueldad y la maldad gratuita. El sadismo y el masoquismo se identifican en forma permanente en los modos de actuación de quienes apoyan o hacen parte del sistema totalitario clásico. De ahí que el bombardeo masivo, el uso de rehenes, la tortura sistemática para obtener la confesión, las prisiones secretas, ejercicios sin juicio, ahogamientos en pozos, desapariciones de ciudadanos, secuestros de niños, falsificación de estadísticas, traiciones, sobornos e interrogatorios se apliquen de forma amplia y descarada.

La impresión sobre el conglomerado social que ejercen estas prácticas terroríficas, llega a tal grado que distorsionan la valoración moral que en un momento dado se pudiera hacer de sus héroes. El torturador, el delator, los abusadores que actúan

¹⁶ Orwell, *op. cit* (nota 11). P. 150-151.

impunemente protegidos por el propio sistema, se convierten en los héroes de ciertos sectores sociales, normalmente los más deprimidos, quienes ven en estas prácticas la posibilidad de escalar socialmente, así como la revancha que les ofrece la vida contra su mala suerte¹⁷.

Pero, ¿cómo justificar todas estas acciones infames?, ¿cómo impedir que de un momento a otro una parte de la colectividad afectada por los abusos, violaciones y torturas no busque mecanismos de rebelión y finalmente consiga oponerse al sistema? El problema de la verdad cubre completamente a la red de estrategias y de tácticas que tiene que generar el totalitarismo clásico. El Partido, como antaño lo fuera la Iglesia católica, es la única depositaria de la verdad. Sus acciones, por tanto, misteriosas o perversas, deben ser observadas por sus miembros, no pueden ser cuestionadas. Toda desviación de las interpretaciones ortodoxas se consideran heréticas, revisionistas o criminales. El Partido debe tener total libertad en el cumplimiento de su propósito. Éste puede mentir, distorsionar, suprimir y alterar el pasado. *Todos los documentos han sido destruidos o falsificados,... La Historia se ha parado en seco. No existe más que un interminable presente en el cual el Partido lleva siempre la razón.*¹⁸

Así, pues, la élite del estado totalitario es infalible, al igual que su líder. El modelo, sin duda, sigue siendo la Iglesia católica. Por ello, por muy innovador que sea el totalitarismo clásico no deja de ser una teocracia, pero una teocracia tecnificada: radio, televisión, prensa orientan y reordenan los eventos pasados que puedan poner en tela de juicio la verdad oficial. En otra forma, su función en este sistema es el de demostrar que no hay errores, que no hay pasado o que fue como ellos lo cuentan, o que determinados triunfos militares y políticos o científicos y deportivos son resultado de su poder omnímodo; así como sus fracasos son resultado de la injusticia y deslealtad de los enemigos o de la mala suerte, nunca de su capacidad de organización o por la naturaleza de la misma.

Se hace evidente que la novedad del totalitarismo clásico frente a las formas dictatoriales o autoritarias del pasado, consiste en su capacidad de hacer de su doctrina una verdad acomodaticia, intercambiable e inestable. La historia moderna tiene su ejemplo paradigmático en el pacto entre Hitler y Stalin. Los nazis fueron para los rusos durante mucho tiempo algo así como el demonio. Y en un momento dado se convirtieron en sus aliados de armas. Luego fueron traicionados y volvieron a ser sus enemigos. Si se revisara con atención los discursos del pacto (1939), veríamos como Stalin mostraba las coincidencias del ideario político del nazismo y el del comunismo, pero después de junio de 1941, se destaca por parte del Partido que son enemigos irreconciliables y completamente opuestos. En ese momento el comunismo se convierte en aliado de Occidente capitalista, para una vez terminada

¹⁷ Levi, P. *Los hundidos y los salvados*, Barcelona, El Aleph, 2005 p.42 y ss.

¹⁸ Orwell, *op. cit.* (nota 11), p.157.

la guerra transformarse en la más grande amenaza a la libertad y la paz mundial¹⁹. De este modo el totalitarismo clásico inauguró una era de esquizofrenia e incertidumbre. La verdad objetiva fue su víctima, ocultarla a costa del sufrimiento, la represión y el dolor de aquellos que llegaran a intuirlo o a insinuar algo distinto a lo que los medios o las instituciones señalaran, era y es la base de su poder.

En este sentido, la ocultación y la preocupación por apropiarse de la verdad objetiva, pone de manifiesto la esencia real y concreta del totalitarismo clásico: el poder por el poder. Esto significa que en el momento que se renuncia a dejar que la sociedad participe de la verdad o de su conocimiento, lo que se pretende es el control de la mente y de los cuerpos de los miembros de la colectividad. Sin embargo, esto jamás lo reconocerá el totalitarismo rampante, y todas las formas clásicas del autoritarismo reclaman un fin, una racionalización de su objetivo que les permita proclamar algún objetivo admirable. Maquiavelo lo había comprendido plenamente, el gobernante puede no creer en Dios, pero ante un pueblo creyente jamás debe reconocer su ateísmo²⁰. Por el contrario, el gobernante debe aparentar que comparte con los gobernados sus creencias más queridas. La ideología le ofrece al gobernante más que una tecnología con la cual manipular a sus gobernados, un dispositivo que le da seguridad psicológica y moral. Esta situación explica que el gobernante y la élite de la cual hace parte, por un momento se convencen a sí mismos que su función es gobernar siempre, que están llamados a cumplir con esa finalidad y destino, por lo que no importa si ese fin se cumple o no, lo importante es seguir en el mando cueste lo que cueste, sea mediante el fraude, el engaño o mediante la fuerza bruta.

De este modo, el eje sobre el cual recae la seguridad de la conservación del poder, no es otro que el pensamiento y los sentimientos de sus ciudadanos. De una parte, controlar la memoria y el pensamiento de los gobernados, garantiza al gobierno totalitario la anulación de cualquier resistencia; de otra, manipular los sentimientos de los individuos mediante el terror y la educación asegura la intimidación de la población y el respeto absoluto al líder. Así, los nazis y los comunistas descubrieron que el mejor modo de someter a sus herejes no era sacrificarlos, como errónea-

¹⁹ En una situación similar, los críticos del sistema cubano han destacado como la posición del régimen castrista fue enemigo radical de la dictadura de Pinochet en Chile, pero al mismo tiempo mantuvo durante la misma época relaciones económicas y, en ocasiones, relaciones políticas más que amables con el régimen militar argentino, supuestamente del mismo corte ideológico que el chileno (Véase, www.cadal.org/prensa/nota.osp?id_not=1165-35k). En México, durante la llamada “guerra sucia”, entre los años sesenta y setenta, el gobierno oficial persiguió a los disidentes de izquierda nacionales, mientras recibía como exiliados a insurgentes – también de la izquierda – de otros países latinoamericanos. (Véase, www.larepublica.com.uy/politica/224615 y <http://www.eluniversal.com.mx/cultura/48359>, domingo 2 de abril de 2006).

²⁰ Maquiavelo, N. *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Madrid, Alianza, Lib. I, cap. 12, p.68

mente hicieron diversas religiones en diferentes épocas, sino “convertirlos”, mejor, “reconvertirlos” a través del arrepentimiento y la confesión abyecta, admitiendo públicamente todos sus crímenes y los errores de su actuación. En forma dramática Orwell describe esta situación en las confesiones y delaciones que se hacen Julia y Wiston – uno contra el otro –, aterrorizados por el intenso dolor que les infligen sus torturadores. Mas por ello mismo, por ser confesiones forzadas, la comunidad reconoce la falta de sinceridad de estos rebeldes, por lo que son insertos dentro del conglomerado social, pero sin ser aceptados, sin credibilidad, anulados, como si estuvieran muertos. Sin embargo, el poder ha conseguido lo que quiere, que los rebeldes se reincorporen a la colectividad, y así los hace parte del cuerpo social y de su ejercicio, diluyéndolos como individuo dentro de la totalidad del más grande poder, el poder del Partido y de su mística misión. Así, extinguida y desprestigiada la peligrosidad que podían representar en un determinado momento, permite que en cualquier instante – a fin de evitar nuevas recaídas o un mal ejemplo – puedan ser “vaporizados” sin que nadie los eche de menos o los reclame.

El pensamiento del ciudadano “reconvertido”, mediado por la propaganda, los sistemas audiovisuales y una red de instituciones, especialmente las educativas, construyen su realidad consciente. De esta manera la administración de la Verdad a través de las instituciones represivas, del control sexual y de los condicionamientos psicológicos le prueban al rebelde sometido que no hay salida, que es mejor estar del lado de los indiferentes, de acuerdo con las verdades acomodaticias que el poder cambia a su antojo y conveniencia; por lo que mantenerse en la apatía y la ignorancia constituyen entonces las únicas posibilidades del individuo, inserto en estas circunstancias, de escapar al dolor y de sobrevivir en un mundo sin sentido.

3. Desprestigiar la Verdad

Un Mundo Feliz ha bosquejado la línea de una verdadera sociedad totalitaria moderna, más moderna que la de Hitler en Alemania o Stalin en Rusia. Es el totalitarismo de lo persuasivo, de la publicidad masiva y del desarrollo extremo de la tecnología.

Si bien escrita muchos años antes que la obra de Orwell, la estructura de los años de la primera postguerra, los *locos años 20* y el comienzo de la década de los treinta, fueron suficientes para que Huxley predijera lo que sería una realidad apenas el mundo occidental se hubiera recuperado de los desastres de la Segunda Guerra Mundial, es decir, las décadas del 50 y 60. Es un tiempo de seguridad económica, en el que se desarrolla la primera sociedad eminentemente consumista de la historia de Occidente. Y, por consiguiente, para mantener esta estabilidad se requerían sujetos proporcionales a esas condiciones socio-económicas. Se requerí-

an hombres que amaran, defendieran y sostuvieran el sistema. Mas no se trataba de otros personajes que de administradores, gerentes de empresas, publicistas, tecnólogos de los medios audiovisuales, comunicadores o presentadores de espectáculos, es decir, hombres sumisos, serviles adoradores del sistema triunfante en esos años.

La característica esencial de este nuevo totalitarismo es la innovación, el ensayo. Se experimentan nuevas técnicas de sugestión, a través de niños condicionados; el uso de nuevas drogas como escopolamina, tratando de reemplazar al alcohol y los demás narcóticos tradicionales, buscando ejercer en el individuo una mayor sensación de placer. Se prevé un sistema eugenésico, diseñado para estandarizar el producto humano a fin de facilitar la tarea de los administradores. Pero, sobre todo, se incentiva la promiscuidad sexual, como compensación a la disminución de la libertad política y económica. Será el mundo en que el cine, la radio y los medios audiovisuales, tejerán la red del espectáculo en la que los hombres se enajenarán voluntariamente, reconciliándose con la servidumbre que es su destino²¹.

Comprendido así este totalitarismo representa una transformación más sofisticada que la descrita por Orwell en *1984*, por lo que cabe la pregunta: ¿qué indujo a la producción de este cambio y cuáles son sus efectos? Evidentemente, el primer factor ya lo hemos señalado, es decir, el ascenso económico del capitalismo occidental. Pero también, y en consecuencia, la necesidad de una mayor eficiencia.

En efecto, para las primeras generaciones nacidas y educadas en la posguerra, un orden social basado en el esfuerzo ilimitado de los individuos, bajo la entrega incuestionada a los deseos “espirituales” que imponía el líder o el Partido, canalizando todo el deseo de los hombres (pasión y sexualidad) en su adoración al poder, no podían ser suficientes en un mundo donde el desarrollo material superaba a estas exigencias.

Podría decirse que el totalitarismo clásico, agotaba su eficacia en el momento en que todo el esfuerzo social por superar la pobreza, conseguía llevar a la producción a crear un remanente, un sobrante económico suficiente como para generar “lujo”. Una producción de objetos de lujo, que si al principio fue un privilegio de la élite, pronto manifestaría que la única forma de sostenerse como tal, sería permitiendo su ampliación a las masas. En efecto, la masa paupérrima, en un momento dado empezaría a cambiar sus ideales doctrinales por la adquisición de bienes. En la medida que estos están relativamente a su alcance, la emergente clase media y algunos sectores anteriormente deprimidos, ven en el consumo la posibilidad de mejorar su estatus, su apariencia, gustos y condiciones de vida.

En otra forma, los antiguos sectores, que antaño se sacrificaron en nombre del Partido o del *líder*; hoy quieren ante todo automóviles, lavadoras, equipos de sonido o televisores, antes que satisfacciones abstractas. Visto así, es fácil comprender

²¹ Roszak, T. La infinita impostura: uso y abuso de la experiencia psicodélica, en *El nacimiento de una contracultura*, Barcelona, Kairós, 1970, p.171 y ss; Huxley, *op. cit.* (nota.5), p.77 y ss.

que el desplazamiento del “totalitarismo del dolor y el sufrimiento” al “totalitarismo del placer y del menor esfuerzo”, obedece a cierta lógica, que la literatura captó de un modo preciso, aunque desarticulado, pues Huxley previó la posibilidad de esta sociedad mucho antes de que sucediera, y Orwell estuvo a punto de desviar la atención de los intérpretes, ubicando un mundo en el futuro, cuando en realidad ya era y quizás estaba dejando de ser.

Aún más, Huxley era testigo de que la propia Unión Soviética – modelo ideal del “totalitarismo clásico” –, en muchos sentidos, estaba transformando sus técnicas de control social en tecnologías sutiles. Las técnicas pavlovianas, desarrolladas con tanto éxito por los chinos en la guerra de Corea, mostraban que eran infinitamente más efectivas con los prisioneros políticos que con los métodos de tortura empleados en el pasado²².

Y en esto radica la diferencia esencial entre uno y otro totalitarismo: el uso del placer como una forma más segura de controlar a las personas, que la necesidad o la carencia de bienes materiales fundamentales. El totalitarismo clásico satisface su deseo de poder en el sufrimiento inflingido; el totalitarismo moderno consigue su objetivo por la inflexión de un placer mucho menos humillante. El primero auspicia la represión y la prohibición; el segundo incita a la satisfacción sin límite de todo deseo.

El mundo contemporáneo es la mejor prueba de la razón que había en la advertencia de Huxley. El placer es el principal componente de los efectos de los medios masivos de comunicación. Periódicos, revistas, cine, radio y televisión proveen constante distracción a una audiencia sorprendida y ansiosa de espectáculos. En realidad, no es que los hombres que viven en el nuevo totalitarismo accedan a todos sus deseos, en realidad es que los sueñan y los cultivan permanentemente a través de la red tecnológica audiovisual.

Hitler, quizás el modelo individual más vistoso para ejemplificar el “totalitarismo clásico”, sin embargo, fue quien dio comienzo al desarrollo de las técnicas modernas de propaganda de masas. Sin duda desde los paseos automovilísticos y multitudinarios del *führer* en Nüremberg, hasta las investigaciones hechas por psicólogos y sociólogos al servicio de administradores y empresarios, relacionadas con “motivación de masas” y “proyecciones subliminales”, ha pasado un largo trecho. Mas no se puede negar que los asesores del *führer* consiguieron legar al mundo contemporáneo toda una siniestra tecnología de la persuasión²³.

Gracias a ella hoy el arte del control mental está en proceso de llegar a ser ciencia, y se evidencia que el fondo del problema es el mismo que se constataba con mayor claridad en la obra de Orwell, la anulación de cualquier posibilidad de una

²² Brau, J-L. *Historia de las drogas*, Barcelona, Bruguera, 1974, p.355 y ss.

²³ Huxley, *op. cit.* (nota 9), p.45 y ss.

verdad objetiva. Sólo que con la sofisticación del sistema que describe Huxley, la situación de la verdad se hace más compleja.

Ya no se trata de un problema de lenguaje o meramente discursivo. No son los nuevos sofistas o demagogos, quienes se encargan de acomodar los hechos y las palabras a la verdad que le conviene por ese momento al sistema. Se trataba de hacer real el *soma*, de modo que el avance psicofarmacológico de mediados de los años cincuenta, ponía al alcance de los ciudadanos tranquilizantes como *meprobante*, *cloropromazin*, que tenían efectos cercanos a la prometedor droga del siglo, el *LSD*. Estimulantes como el *iproniazid*, o “drogas de la verdad” como el *pentothal*, permiten aumentar la sugestionabilidad y bajar las defensas psicológicas del individuo. Huxley decía en *Las Puertas de la Percepción*, que las “drogas pueden tanto esclavizar y liberar, como sanar y al mismo tiempo destruir”²⁴, con lo que advertía claramente que en manos de una dictadura, esta nueva tecnología podría ser un arma supremamente poderosa para el dominio y control totalitario de la sociedad.

Nuestros tiempos confirman las predicciones de Huxley. Cada vez más administradores y controladores de diversas instituciones han acudido a estas técnicas como medios más eficientes y más baratos para alcanzar el control social o la “cura” medicada. Aparentemente no se trata de política, sino del tratamiento realizado por expertos médicos y psiquiatras, quienes acogen a individuos en conflicto consigo mismo y ocasionalmente con el entorno. Las drogas se inventan para calmar a los niños “hiperactivos” en las escuelas, a los prisioneros ingobernables o a los pacientes mentales en clínicas y hospitales.

La mala fama de estas prácticas se atribuyó siempre a la Unión Soviética y a su política de persecución de desviacionistas o de disidentes a los cuales se les diagnosticaba clínicamente enfermos y sujetos a tratamientos de drogas en asilos, por su propio bien y el de la comunidad. Pero también ha sido una práctica norteamericana, que fue denunciada con mucha frecuencia en los tormentosos años sesenta, como una práctica contra los militantes negros y los defensores de los derechos civiles²⁵. Pero lo más grave no ha radicado en este punto, donde el perseguido es un enemigo del sistema, sino la medicación de la propia población. A los “normales” se les ha enmarcado dentro del tratamiento: con drogas para calmar los temores, la ansiedad, la depresión, la agresividad o reforzar nuestra energía y nuestra inteligencia. Drogas para personas saludables, las cuales confirman la presencia real de una multiplicidad de *somas*, muy próximas a la droga que Huxley profetizaba en los años treinta del siglo XX.

Lo que es peor, el “totalitarismo moderno” en su afán por alejarse de las tácticas represivas de antaño, defenderá la idea de democracia, libertad, elecciones, parlamentos, división de poderes, pero los verdaderos hilos del poder se moverán tras

²⁴ Huxley, A. *Doors of Perception*, Nueva York, Modern Library, 1954, p.378-379.

²⁵ Brau, *op.cit.*(nota 22), p.361

bambalinas, como las sombras del mito de la caverna de Platón, esto es, por los integrantes de una oligarquía de gobernantes, policías, comunicadores y manipuladores de la opinión y el pensamiento, quienes se encargan día a día de mantener en toda su intensidad el espectáculo, la noticia, el escándalo nacional o internacional.

Dicho con otras palabras, a la enajenación mental que se está procurando con las drogas, el trasfondo espacio-temporal en que nos movemos se le reviste de espectáculo. La imagen y la palabra a través de la televisión y los ordenadores llenan la mayor parte del tiempo de los ciudadanos contemporáneos. Ambos medios se disputan el derecho a entretener, informar, distraer y, en el último caso, a interactuar con el espectador. Sin embargo, hasta ahora la televisión sigue ganando la partida en cuanto a su alcance democrático, pues llega a todos los extremos sociales, inclusive a los analfabetas.

En esta forma, con la penetración de la televisión, la computadora y sus revestimientos más sofisticados: el cable, la videogradora, la transformación de la música *pop* en videos, la vida del hogar, la última instancia de la privacidad y la intimidad para la construcción del “sí mismo”, queda atravesada por una privatización de lo público. El mundo público, el del trabajo y el de la asistencia a los espectáculos y al *foro*, se encierra en los hogares y la función del hogar. – del “fuego protector” que cuida a los suyos de su exposición al exterior –, se reduce a una recepción de estratagemas electrónicos. La mayor perversidad de esta sociedad de placer, basada en drogas, sexo y espectáculos, consiste en que ese último espacio para la formación de los ciudadanos, el hogar, ha quedado reducido a una vil dependencia de la información que proporcionan los llamados *mass media* sobre los asuntos domésticos (modas, dietas, cultura, noticias y entretenimiento)²⁶.

No es que la obra de Huxley sea una absoluta realidad en nuestros días, pero hay una tendencia cada vez más poderosa a seguir un modelo como el descrito en *Un Mundo Feliz*, un modelo de una más o menos calculada distracción y manipulación, que la mayoría de los hombres y mujeres de nuestra sociedad contemporánea terminan aceptando conformes como el único mundo posible. Un mundo de confusión, en el que lo de menos es la verdad, pues se tiene como para todo lo que en esta sociedad sucede, una verdad a la medida de cada quien y según sus necesidades. Es la verdad del publicista, del psicoanalista, del cirujano plástico, del periodista, del mercadotécnico, quienes reducen el problema de tener una certeza que implique un criterio de valores, a una mera opinión banal y pasajera, basada en el mayor de los anhelos individuales de la era posindustrial: la de la prolongación de la vida en un eterno presente, negando la condición finita del ser humano.

En busca de la inmortalidad material, tanto la medicina como la biología, han entrado fuertemente dentro del mercado competitivo dirigido a cumplir con esa pro-

²⁶ Postman, N. *Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del “show bussines”*, Barcelona, Tempestad, 1991, p. 69 y ss.

mesa. Aparte de lo que se ha conseguido con el descubrimiento del ADN, y el proyecto genoma, la industria farmacéutica está en condiciones de suplir un ideal metafísico y convertirlo en una realidad material de muy próxima consecución: la inmortalidad. Desde las rudimentaria cirugía plástica, que apenas puede prometer una apariencia más joven o un rejuvenecimiento temporal, hasta la eugenesia, con las que se puede asegurar una cada vez más perfecta selección racial, seguramente buscando en esa selección tanto lo más bello como lo más eficiente y obediente, la meta es la prolongación indefinida de la vida. Mejor salud, mejor alimentación, sin duda hacen de la vida algo más placentero, pero también más dependiente. Evidentemente, quien quiera vivir más tiempo en nuestra época, no lo hará por su propio interés en llevar una vida sana o generar un estilo propio de vida, sino que será el resultado de una suma de instituciones médicas, aparentemente puestas a su servicio y con esta función (nutricionistas, cirujanos, fisiólogos, biólogos, etc.), aunque en realidad lo que surge es una red de instituciones médicas que intervienen el cuerpo de cada ciudadano formando lo que el sistema requiere de ellos.

Vivir más tiempo, no significa vivir mejor o con más intensidad la vida. Mas este cuestionamiento hecho a la medicina, a la biología o a la actualmente “purificada” ingeniería genética, – heredera de los más siniestros experimentos hechos desde el siglo XIX por el colonialismo inglés en la India o la ingeniería genética en la Alemania nazi en compañía de su socio japonés –, no se responde sino con la esperanza de demostrar que las tecnociencias y el poder que representan podrán llegar a límites insospechados por la propia humanidad.

Con esta última exageración, sólo concebible en otros tiempos en la literatura de Mary Shelley o en el *Golem* de Gustav Merynk, los hombres de las sociedades más avanzadas del mundo occidental, en la última parte del siglo XX, reducen sus expectativas a las ilusiones que provoca la esencia del totalitarismo moderno, es decir, el control permanente, mediante el consumo y la satisfacción. Se reduce así el papel del poder al de un administrador de la vida de sus ciudadanos, lo cual lo hace mucho más económico y sintético, pero también más ambicioso y eficaz, sobre todo, cuando pretende prolongar el control sobre los hombres durante mucho más tiempo, si es posible más allá de la muerte. De este modo el anhelo de muchos hombres de querer conjugar la vida en presente eterno, ante el temor angustiante a la muerte, no es sino la forma como los hombres contemporáneos entregan el último reducto de su individualidad – la capacidad de decisión que tiene cada hombre para decidir plenamente sobre su vida o su muerte – a la eficiente y gratificante administración del totalitarismo tecnocientífico.

4. Afinidades y elecciones

Lo que hemos denominado “totalitarismo clásico” y “totalitarismo moderno”, – que deberíamos llamar mejor, “tiranías del dolor y del placer” – , según se puede deducir de la obra de Orwell y Huxley, tienen como finalidad común la consecución y conservación del poder por el poder. Así la ecuación verdad-poder, debe estar mediada por una serie de dispositivos que posibiliten la negación, acomodamiento o variación de la verdad, manteniéndola oculta o velada a la mayoría de los dominados, durante la mayor cantidad de tiempo posible. Dispositivos o mecanismos abstractos que al mismo tiempo que sirven para el mantenimiento de ese poder, también configuran su dirección y contenido.

Semejantes instrumentos, que aunque varían y marcan la diferencia en el grado de represión o persuasión de uno y otro totalitarismo, también los vincula, esto es: las tecnología del control social, la cual recae en la mente y el cuerpo de los individuos, como formas disciplinantes que controlan el marco de creencias, el lenguaje y la sexualidad.

Es sobre estos tres puntos, donde los totalitarismos convergen y aseguran su poder de dominación. La diferencia radica en la forma, en la manera como cada una de estos sistemas intenta ejercer su influencia sobre los individuos. En cierta medida, la diferencia entre uno y otro sistema justificó su coexistencia, cada uno se quería presentar como un modelo ideal de vida superior a su competidor. El “totalitarismo clásico” encarnado después de la Segunda Guerra Mundial, en la Rusia soviética, representó el ideal de una nueva sociedad comunitaria e igualitaria, cuyo enemigo colectivo era precisamente el modelo moderno norteamericano, basado en la individualidad y la competencia.

De este modo, para uno y otro orden su coexistencia no sólo era estratégica sino esencial. Desaparecido uno de los dos, se perdía el estímulo que justificaba entre los soviéticos una producción basada en la concentración y monopolio de la burocracia, la cual regula y ordena su distribución social. Situación que conducía a un sacrificio del deseo individual, a la expropiación de los bienes y de los medios de producción, los cuales se ponen al servicio de las metas del Estado. Metas que implicaban la esclavitud “temporal” de los individuos, quienes creían estar preparando el terreno para la libertad de las generaciones futuras, en pos de la realización de la sociedad comunista. Todo ello conllevaba un orden riguroso y disciplinario, basado en el mantenimiento de la fe en el Partido y en el sistema del cual se hacía parte, aceptando las políticas de ahorro, las limitaciones de bienestar personal, el desarrollo tecnológico limitado, a cambio de una bienestar social general (medicina, educación, empleo y ocio), que permitían hacer sentir a los individuos, que los logros de la Revolución estaban llegando a su casa y que los sacrificios personales por la consecución de esa sociedad ideal bien habían valido la pena. De modo que el man-

tenimiento de ese estilo de vida o mejor, de esa promesa, merecía un esfuerzo personal más radical, su defensa hasta la muerte, “por el bien de la causa”, como diría Solschenitzin, combatiendo hasta aniquilar toda “conciencia extraña y enemiga, propia del capitalista que se esconde en una persona”²⁷.

Evidentemente, la respuesta del representante del “totalitarismo persuasivo”, encontraba una mayor justificación con la presencia de su rival, toda vez que la base de su éxito era y sigue siendo la competencia. La amenaza exterior se convirtió hasta la caída del Muro de Berlín y el total derrumbamiento del orden soviético, en un estimulante de la producción norteamericana. Dicha condición paranoica, basada en la posesión de la bomba atómica por parte de las dos potencias, al mismo tiempo que fue un acicate para que los norteamericanos incentivaran sus productos, también estimularan el desarrollo tecnológico sin límites.

Resultado de ello y como complemento vital para el mantenimiento de estos sistemas, fue necesariamente la generación de una tecnología del control social. Cada sistema se presentó con sus propias estrategias, las cuales se dirigieron a la construcción de sujetos acordes a esos modelos de producción antes que políticos. El orden oriental mantuvo sus técnicas de adoctrinamiento, experimentó con los llamados “lavados de cerebro” y el culto al líder, los apoteósicos desfiles militares, así como con la instrumentalización de los intelectuales. El sistema capitalista encontró en el desarrollo tecnológico de los medios masivos un medio propicio para su propia propaganda, generó a su vez un ambiente de sometimiento sutil y distractivo que impedía a sus miembros reconocer cualquier problema de la realidad que no fuera aquello que afectara directamente su bienestar personal, es decir, aquello que afectara fundamentalmente su capacidad de consumo.

En esta forma, los dos sistemas garantizaban la permanencia y la seguridad de que sus trabajadores no se separarían del elemento técnico que compartían ambos sistemas, es decir, la cinta de producción y toda la planificación taylorista que de ella se derivaba. Ford y el Gran Hermano coinciden en ser especies de dioses vigilantes y controladores de la calidad de sus productos. Ambos aseguran la eficacia y la reproducción de sus sistemas condicionando a sus ciudadanos.

A esto se reducía en cierta forma su marco de creencias, y sobre esa base, la manipulación del cuerpo y del lenguaje, simplemente cerraban con llaves de seguridad la conciencia del sujeto totalitario. En efecto, si hay un elemento común en las obras de Huxley y Orwell es la presencia del poder en la formación de una sociedad absolutamente desconcertada por el lenguaje. Orwell de un modo más explícito, manifiesta la amenaza de un lenguaje casi simbólico, reducido a siglas, que no significan, sino que inmediatamente intimidan al ciudadano. Es el triunfo de los símbolos con que se ha plagado nuestro espacio cotidiano, pero del cual quizá anun-

²⁷ Solschenitzin, A. *Por el bien de la causa*, Barcelona, Bruguera, 1972, p.57

cia más la presencia del mundo feliz huxleyano, en la medida que también son funcionales, gratifican y complacen. Es decir, en el sentido de que no se reduce este lenguaje casi algorítmico exclusivamente a las instituciones que representan el poder, sino que simbolizan a la compañía que anuncian viajes, comidas, vestuario o diversiones. El lenguaje orwelliano pasa así a convertirse también en un modelo de la sociedad de consumo. Esta situación la han compartido tanto las dictaduras del dolor y el sufrimiento, como las del placer y la alegría, sólo que en las primeras no se insiste en el consumo, sino como un pecado del capitalismo del cual los orientales estaban salvados. Sus siglas, la manipulación de los contenidos discursivos en los medios de comunicación y, sobre todo, en la educación, sigue siendo mediado por una institución oficial vigilante, que cumple las funciones del Ministerio de la Verdad. El sistema totalitario clásico, siempre temerá a la aparición o al desocultamiento de la poderosa verdad.

Este temor es aniquilado en el mundo capitalista, la adoctrinación y el lenguaje no requieren tanta vigilancia. La relativización de la verdad, si no su desprestigio, ha llegado a tal extremo, que el éxito que tienen los medios masivos se basa especialmente en su capacidad de persuadir al espectador, al oyente o al lector. Se trata es de atraerlo, de mentirle descaradamente haciéndolo sentir siempre a gusto, satisfecho, feliz.

Y si cada ordenamiento consigue que el individuo esté al tanto de su objetivo, es decir, la producción necesaria para el mantenimiento de cada sistema, ora con temor y violencia; ora con persuasión y continuas gratificaciones, ambos tienen en común como mecanismo de control social más efectivo, la manipulación de la sexualidad. Orwell la imaginó en su obra absolutamente reprimida, pero la historia de la Unión Soviética, con veinticinco millones de hombres desaparecidos durante la Segunda Guerra Mundial, implicó también una cierta liberación de la sexualidad, que en cierta forma les llevó a coincidir con la actitud norteamericana. Al final ambos totalitarismos descubrieron la eficacia de la libertad sexual como mecanismo de control de las masas. Lo que es peor, desaparecido el orden soviético, las mafias emergentes en los países del Este, heredan una red internacional de prostitución cuyo máximo consumidor será Europa occidental.

Empero, lo importante de todo ello es que la conciencia del individuo parece subsumirse a un conjunto de operaciones, donde el sentimiento y los sentidos son el canal de sumisión al poder. El individuo moderno como señala Huxley “pertenece a todos” menos a sí mismo. La familia, la comunidad, las ideas de libertad, como los sentimientos de amor, amistad o simple afecto, son intervenidos por el poder de modo brutal, como ocurre en Orwell, o manipulados, como en Huxley, pero sin lugar a dudas sometidos a la destrucción.

Y ese es el punto: lo que ha quedado demostrado durante las experiencias vividas por el hombre contemporáneo, descarnadamente descritas y anticipadas por

autores como Orwell y Huxley, entre otros, es que el individuo, su libertad, sus relaciones interpersonales y con el entorno bajo el desarrollo tecnológico, están en grave peligro. Y tal peligro puede estar anunciando algo más que la dominación de unos hombres por otros, esto es, parece vislumbrar el proceso irreversible hacia la total autoaniquilación de la especie. La resistencia y la problemática que se plantea no sólo para el filósofo, sino para la parte de la humanidad que quiere sobrevivir – y sobrevivir dentro de unas “condiciones humanas” – empieza en replantear la necesidad de preguntarse por la realidad de instituciones como la familia o la escuela; la revaloración de nuestro cuerpo y de viejos conceptos como alma y espíritu; el sentido de sentimientos de solidaridad, la amistad y el amor, la experimentación y creación de nuevas formas de agrupamiento de los hombres sobre la base de la fraternidad.

Por lo mismo, la reivindicación de lo afectivo, implica una reivindicación del lenguaje, de la lucha por su enriquecimiento como máxima expresión de los niveles de conciencia que la civilización ha alcanzado. Una sociedad como la nuestra que pierde cada vez más palabras, reduciéndolas a signos o siglas, a un lenguaje artificial sin significado, facilita la posibilidad de que no haya responsabilidad por parte de las instituciones frente a sus gobernados, pues no tienen sobre qué responder. Y de esa manera, con un lenguaje desvertebrado, sin asidero en la realidad, esta misma se pone en duda o se niega, quedando cerrado el espacio para reclamar por un ámbito de existencia, aparición o producción de la verdad.

El totalitarismo de los nuevos tiempos, posterior a la caída del muro de Berlín y de la extinción de la Unión Soviética, posiblemente ha evolucionado hacia una combinación de las dos formas que dominaron y se opusieron durante la Guerra Fría. Huxley y Orwell nos las mostraron en su esencia, aunque quizá nunca se presentaron en la realidad en forma pura. Esa impregnación mutua, nos da a pensar que las formas de control social que ha ido estandarizando la psicología conductista y la sociología funcionalista, es decir, los sistemas de “refuerzo aversivo positivo y negativo”, como reglamentación e hibridación del dolor y el placer en un mismo sistema de control social, no son sino la adopción más sofisticada de aquellos viejos modos de dominación y el devenir de un nuevo orden social, cuya mayor virtud es hacer pensar a las naciones civilizadas que el dolor, la tortura o la violación de los derechos humanos es cosa del pasado o del Tercer Mundo, sin pensar que es en lo sutil, en lo refinado y placentero soterrando formas más tormentosas de dolor, donde pueden estar resguardándose los peores mecanismos de sometimiento y obediencia voluntaria. Frente a ello – como diría Orwell –, hay que hacer algo para impedirlo, y ese algo debe hacerse antes de que se extingan los últimos espacios donde pensamiento y voluntad aún son complementarios.